Bonifacia es hoy
paradigma de Nazaret
para la historia
de todo hombre
y mujer que quiera
hacer de lo cotidiano
su compromiso,
encarnando
su experiencia de Dios
en las pequeñas cosas
de cada día desde una
opción por la dignidad
del ser humano,
en medio de un
trabajo constructor
de promesas
que se hacen realidad
en lo débil y pobre
de esta vida.

Carmen Soto Varela, ssj

Entre el silencio y la esperanza

Biografía de Bonifacia Rodríguez de Castro
Fundadora de las Siervas de San José

Carmen Soto Varela, ssj

Entre el silencio y la esperanza

Biografía de Bonifacia Rodríguez de Castro

Fundadora de las Siervas de San José

Segunda edición: Madrid, 8 de agosto de 2010

Cubierta: *Patio de la Casa de santa Teresa (Salamanca)*

Primera edición: 2000
Segunda edición: 2010

Fotos: Gaspar Domínguez
Archivo fotográfico Siervas de San José

Colección "Nazaret", nº 2
Siervas de San José
Brisa, 4
Tel.: 91 554 14 65
28003 Madrid
Depósito legal: M. 43.126-2000
Imprime: Imprenta Fareso, S. A.
Paseo de la Dirección, 5
28039 Madrid

INTRODUCCIÓN

«Si alguien os pide explicaciones de vuestra esperanza, estad dispuestos/as a defenderla» (1 Pe 3,15b)

Contar la historia de alguien que vivió hace más de un siglo no es tarea fácil, si uno se queda sólo en los datos biográficos, pues éstos, con el correr de los años, se convierten en circunstancias anecdóticas que sólo a unos pocos o a unas pocas despiertan curiosidad.

Si, al contrario, intentamos ir a la raíz de su corazón, de su experiencia, quizá el relato brote de aguas más profundas y nos deje entrever algo diferente y eterno, capaz de tocar nuestro presente y sugerir respuestas dormidas o sendas aún no exploradas.

Bonifacia Rodríguez de Castro.

Desde este horizonte, estas páginas buscan ofrecer un encuentro con Bonifacia Rodríguez, como mujer paradigmática para estos tiempos de crisis, de pragmatismo y de ausencia de preguntas necesarias, porque ella, por encima de lo acontecido en su

vida, de estar enraizada en un cultura que se ha evaporado ya, supo defender su esperanza en la trastienda de una humanidad que se sentía segura de sí misma, dispuesta a no consentir que nada oscureciera sus progresos. Una esperanza que no se sitúa en la primera fila de las promesas, sino que crece en la tierra de lo cotidiano y es regada por el rocío que espera, tras la noche, la mañana.

En nuestro mundo siguen estando de moda los héroes, los grandes gestos solidarios, el sentir que el planeta tierra no tiene fronteras; pero, a la vez, sentimos una fuerte atracción por todo lo que tiene que ver con lo personal y cercano, con lo callado pero valiente, con la transformación diaria de la vida.

Escuchar la historia de Bonifacia Rodríguez nos acerca a lo diario, nos trae el olor de lo conocido. La grandeza de su persona está más allá de lo sorprendente, no se deja coger por lo irrepetible, sino que se amasa con la levadura corriente, se cuece en un hogar sencillo y por eso nos podemos sentir cómodos/as ante ella. Hoy, cuando apenas brotan palabras para seguir creyendo, cuando todo es gris y la lámpara que ilumina el futuro parece estar sólo en posesión de los que están en la cumbre, no dejemos de escuchar este canto, que no brota de músicas pegadizas, sino de haber tocado los instrumentos difíciles de la vida, de haberse afinado al son del dolor y de haberse esforzado, a pesar del resbaladizo pentagrama de la vida, en poner notas sencillas a la ESPERANZA.

Paisaje castellano.

Estemos donde estemos cuando llegue a nosotros/as su biografía, dejemos que suene su melodía hasta el final, que ella nos susurre experiencias que hablen de vida, de compromiso, de autenticidad. Las notas que marcaron su existir están ahí para ser to-

cadas de nuevo en los pentagramas de nuestra época. Su permanencia en los momentos difíciles, su tolerancia ante la diversidad, su compromiso con la mujer marginada y olvidada y su confianza en un Dios *abbá* que no abandona nunca la obra de sus manos, la hacen capaz de ser para los hombres y mujeres de este siglo arco iris que testimonia la alianza de Dios con los seres humanos, como promesa de futuro y compromiso de hacer con nosotros/as este mundo más habitable y humano.

LO COTIDIANO DE UNA VIDA

"Nació en la ciudad de Salamanca, a seis del mes de junio de mil ochocientos treinta y siete. Fue bautizada en la parroquia de la Sta. Iglesia Catedral el día diez del mismo mes".
"Muchas veces oímos de su propia boca las cosas que hacía de niña" (Cuaderno de Socorro Hernández).

La mayor parte de los hombres y mujeres que habitaron el siglo XIX español, como en cualquier época, no tuvieron un hueco en las páginas de la historia; sin embargo, fueron protagonistas silenciosos/as de una realidad que se iba escribiendo con su crecimiento humano. Pues sus ojos fueron testigos de los cambios sociales que llevaron a la clase burguesa a los círculos de poder. Sus conversaciones, sus ideas, sus sueños y sus luchas hicieron posible que el pluralismo político se sentara en el parlamento, sobrellevara las revoluciones y se debatiera en la prensa. Sus hogares sintieron las crisis económicas y demográficas de un país que luchaba por modernizarse mejorando su nivel cultural, abriendo sus mercados al exterior, haciendo sitio a nuevos medios de transporte, como

Dibujo de Castelao.

el ferrocarril, y dejando paso, en medio de la incertidumbre, a la industrialización. Sus manos amasaron dolor, impotencia, analfabetismo, explotación; pero también acariciaron la esperanza en el despertar de la conciencia obrera, en las nuevas ideas políticas, en la libertad, y sonaron con gozo por un hijo que salía adelante, por una buena cosecha, por la solidaridad.

Las grandes cuestiones que jalonaron esta centuria entre revoluciones y fracasos coloniales afectaron a lo cotidiano de sus vidas, pero también conmovieron sus tradiciones y creencias. La Iglesia actuaba preocupada por encontrar relaciones estables con un Estado que se alejaba de su tutela, reclamando nuevos valores. Se conmovía con gobiernos que en la primera mitad del siglo desamortizaban sus tierras, exiliaban a muchos de sus miembros, y que en la segunda buscaban su apoyo para estabilizar el país. Mientras, el pueblo, necesitado de sentido, de futuro, de formación y de pan, se aferraba a sus tradiciones de siempre, a la vez que se apuntaba a una revuelta o sencillamente callaba.

Calle de las Mazas.

Ahí, en esta encrucijada histórica y como una de tantas, reposa la vida de Bonifacia Rodríguez. Ella será testigo de esta época, participará de sus ilusiones y decepciones, se hará preguntas, buscará respuestas y luchará por allanar el camino en el mundo de la mujer trabajadora y pobre.

Nace en Salamanca, una ciudad de provincias de gran raigambre cultural en otros tiempos, pero que ahora respira decadencia y penuria. Es martes este 6 de junio de 1837, en el que comienza su relato en una humilde vivienda de una pequeña calle

empedrada, de nombre Las Mazas, situada en el barrio de la antigua judería, cercano a la Universidad. Sus padres, Juan y María, dos salmantinos sencillos, bautizarán a su hija primogénita en la catedral vieja el día 10.

Los pocos datos concretos que conocemos de su infancia nos dibujan a alguien cercano y sencillo, del pueblo, como lo había sido también Jesús de Nazaret, a quien ella consagrará su vida.

Juan, su padre, era sastre y sabía leer y escribir, algo poco frecuente en su generación. Era un hombre generoso, capaz de compartir hasta lo más necesario con los que tenían menos que él. Fue siempre un artesano honrado, cristiano y sensible. Su madre, María, era una mujer comunicativa, amable pero resuelta a la hora de afrontar la vida. Fue una trabajadora incansable, fiel, bondadosa y buscadora de Dios, tanto en su hogar, siendo madre y esposa, como posteriormente al ingresar en las Siervas de San José.

La niñez de Bonifacia transcurre en el anonimato. Va creciendo en medio de la inseguridad que da la pobreza, cambiando con frecuencia de casa, según las coyunturas familiares lo permitían. Su entorno, un barrio artesanal y obrero donde las existencias se tocaban, donde apenas se poseía nada, donde todo estaba en mal estado y con deficientes condiciones higiénicas. Allí, en el descansillo de la escalera, por la ventana o en la esquina de una mal trazada calle, se compartía la lucha diaria por salir adelante, el esfuerzo por encontrar clientes, el trabajo en familia.

Fachada de la clerecia. Salamanca

En un hogar abierto, acogedor y solidario, durante dos años disfruta del privilegio de ser hija única. Vive con ellos su abuelo materno, Alejo, calderero de profesión. Será entre 1839 y 1850 cuando nazcan el resto de sus hermanos: Agustina, Juan Melitón, Dolores Lucía, Juana Manuela e Isabel Eugenia. Sus padres, buscando ayudar a sus hijos a tener un mejor futuro, hacen que acudan a la escuela, cosa poco frecuente entre su gente, pues, sin terminar de crecer, con frecuencia había que comenzar a aportar un jornal para ayudar a la familia a salir adelante.

Bonifacia desde muy joven colabora en la sastrería de su padre, cuida de sus hermanos, sufre y se alegra con los suyos, asume las estrecheces y la dureza del trabajo. Cuando termina los estudios primarios —los únicos que en la legislación educativa de un gobierno que buscaba el progreso, eran gratuitos para los pobres—, comienza a aprender el oficio de cordonera insertándose así en el mundo del trabajo artesanal, sin más ambiciones que ganarse el pan con la habilidad de sus manos.

En 1853 muere su padre, víctima de la tuberculosis. El dolor y el cansancio dibujan los rostros: recientemente había muerto Isabel Eugenia y hacía algunos años, sin apenas haberlos visto crecer, Juan Melitón y Dolores Lucía. La fe se hace dueña de la situación y la esperanza reconstruye el corazón de esta familia. Su madre se pone a servir en diversas casas ricas de la ciudad y Bonifacia, ya con quince años, se emplea como cordonera, comenzando a conocer los horarios agotadores y el discreto jornal.

Plaza Mayor. Salamanca, siglo XIX.

Cuando en noviembre de 1865 se casa su hermana Agustina con Juan Rodríguez Marcos, hacía algún tiempo que, con 12 años, se había muerto la hermana menor, Juana

Manuela. Ahora sólo quedan en la casa de la calle Libreros Bonifacia y su madre.

Curtida por la vida, pero dispuesta a salir adelante, instala su primer taller propio de cordonería, pasamanería y otras labores. En un espacio modesto, artesanal, comienza a hacer realidad en el día a día su experiencia de encuentro con Dios en el trabajo, al estilo de la casita de José en Nazaret.

"La Costurera". Carlos Maside.

Avanza el siglo y se acercan nubes de revolución, los tiempos son inestables, hay deseos de cambio. Se busca un nuevo horizonte político y nuevas respuestas económicas y sociales. En medio de este ambiente, que culminará con la proclamación de la I República, llega en 1870 a Salamanca Francisco Butinyà, un jesuita nacido de una familia industrial catalana, hombre inquieto e intelectual, que estaba fraguando en su corazón y en sus escritos una respuesta al mundo del proletariado naciente, respuesta que sólo tímidamente se estaba atreviendo a buscar el catolicismo oficial.

Bonifacia y su madre participaban con frecuencia en las actividades organizadas por los jesuitas de la Clerecía. Al conocer a este hijo catalán de la Compañía de Jesús, que ejercía como profesor de teología en el seminario y pasaba largos ratos confesando y animando actividades en la iglesia, lo elige para que acompañase su proceso de fe. Y lo hace así porque más de una vez le había escuchado decir que el trabajo no es un castigo, sino colaboración con Dios en la creación, una manera de hacer a las personas más libres e iguales, y que a través de él se puede ser testigos del Evangelio, comprometidas con la realidad y eso era lo que ella quería vivir, lo que intuía su corazón en las largas horas de aguja y dedal.

Esta mujer sencilla y trabajadora había hecho de su taller un lugar de acogida y de encuentro, donde, con un grupo de amigas, se reunía los días festivos. Allí charlaban, tenían ratos de oración, compartían la vida. A estos encuentros invitan a Butinyà y le confían el deseo de hacer de estas reuniones algo estable. Y, bajo su asesoramiento, constituyen la Asociación de la Inmaculada y San José. En la casa de Bonifacia ponen la sede y a ella la nombran presidenta (Hermana Mayor). Con su iniciativa entran a formar parte de la nueva tendencia del catolicismo de finales de siglo, que buscaba acoger la nueva sensibilidad asociacionista del ámbito político y social y ser también respuesta a la realidad de su tiempo.

Los miembros de la Asociación provenían de distintas clases sociales y edades diferentes. El objetivo prioritario era buscar una forma alternativa de encuentro festivo, de formación y de crecimiento en la fe. Bonifacia adapta la sala de estar para las reuniones e improvisa un altar a la Inmaculada y san José para los ratos de oración compartida. Realizaban también con frecuencia voluntariado en el hospital o en el asilo.

Bonifacia tenía un papel central, era para cada una de las jóvenes que asistían una amiga incondicional que sabía escuchar, comprender y aconsejar, a quien querían y respetaban. Al dejar el taller se sentían impulsadas a vivir a tope su fe a lo largo de la semana, buscando ser testigos y profetas en su vida y trabajo diario. Cada una iba configurando su vocación según sus inquietudes, su personalidad y lo que iba descubriendo en el diálogo personal con Dios.

Era un grupo que buscaba respuestas a su realidad, que no se conformaba con lo que le venía dado. Todas sabían que había mucha confusión en su entorno, que las ideologías, los planteamientos, iban y venían, que las soluciones a los problemas sociales y políticos se dilataban en medio de la confrontación. Ellas eran mujeres sencillas que no se dedicaban a debatir las grandes cuestiones del momento, pero sí a construir pequeñas respuestas que mejorasen el mundo que tocaban.

"Porque tú, mi Señor, fuiste mi esperanza y mi apoyo desde mi juventud"

(Sal 71,5)

UNA APUESTA POR LA MUJER TRABAJADORA

"Vamos a fundar una nueva Congregación con el título de Siervas de San José, con el fin de recoger las niñas huérfanas y abandonadas para que no se pierdan".
(Cuaderno de Socorro Hernández).

Bonifacia. iba creciendo como mujer creyente. En su proceso comienza a sentirse llamada a la vida religiosa y decide entrar en el convento de las Dueñas de Salamanca. Lo habla con Butinyà, su amigo y confidente, pero él, que había conectado desde lo hondo con esta artesana sencilla y recta, que la había visto madurar y había contemplado su seguimiento de Jesús trabajador en Nazaret, y que estaba preocupado por hacer creíble a Dios en medio de la revolución industrial, le sugiere algo distinto: la fundación de un nuevo instituto de vida religiosa que diese respuesta a

Calle Traviesa. Salamanca.

la situación de la mujer pobre que desde muy joven debía buscar un empleo. Ella acoge con gusto la propuesta, pues conocía esa realidad, porque era la suya; sabía del trabajo agotador, de la explotación laboral a cambio de un sueldo mínimo y percibía lo que hay de riesgo, de abuso, de enfermedad o de posibilidad de prostitución en la vida de las muchachas humildes.

El obispo de la ciudad, Lluch y Garriga, acoge con satisfacción el proyecto y lo apoya. Catalán como Butinyà, estaba inquieto por la cuestión obrera, le desafían las nuevas ideologías que surgían en las fábricas como respuesta a las reivindicaciones sociales y se preguntaba por la postura que debía adoptar la Iglesia ante aquella situación.

Comienzan a hacer planes. Bonifacia se va a Ávila con las Adoratrices a perfeccionarse en labores, con miras a la fundación. A la vuelta instala su taller en la calle Traviesa y se va creando el grupo que entre los últimos meses de 1873 y principios de 1874 se arriesga a iniciar una experiencia comunitaria en casa de Bonifacia.

La situación ambiental era conflictiva, se estaba derrumbando la I República. Los jesuitas acusados de opciones políticas contrarias al nuevo régimen, eran perseguidos. La fundación debía apresurarse, y el 7 de enero de 1874 el obispo firma el decreto de fundación de las Siervas de San José.

La Congregación parece nacer en un momento y lugar equivocados: una ciudad pequeña, artesanal y pobre, en pleno período revolucionario. Pero las siete mujeres que abren el camino del Instituto no dejan que lo inmediato las acobarde, sino que acarician el futuro con valentía porque está en juego una respuesta creyente al mundo del trabajo. El 10 de enero comienzan definitivamente el camino en la propia casa de Bonifacia. Ella sien-

LAS SIETE PRIMERAS

Bonifacia Rodríguez
María de Castro (madre de Bonifacia)
Adela Hernández
Francisca Corrales
María Santos
Teresa Pando
Ascensión Pacheco

te que aquello que había constituido su hogar, aquello tan cotidiano, tan vulgar incluso, se convertía en el espacio para una vocación, para un nuevo proyecto. La ilusión era más fuerte que la duda. Su audacia rasgaba aquella mañana el cielo salmantino y el reino se encarnaba nuevamente por la fe y el coraje de aquellas mujeres.

Al poco tiempo se trasladan a la calle Placentinos nº 18, son conscientes de que están iniciando una experiencia nueva, distinta a las antiguas. Son religiosas obreras, curtidas al calor del taller, dispuestas a ser respuesta y referencia para el mundo del trabajo, que parecía convertirse más en un castigo que en una proyección del ser humano. La vida religiosa tradicional solía ser un mundo aparte, con sus propios códigos y respuestas que ahora no bastaban, por eso Butinyà les había escrito unas Constituciones rompedoras que nacían de la experiencia de Jesús, que, siendo uno de tantos en la aldea desconocida de Nazaret, dijo con su vida que ser persona es algo más que inmediatez, comida y éxito, y que la salvación de Dios pasa por la urdimbre misma del ser humano, por sus esperanzas y por sus frustraciones, por sus manos y su mirada.

"Mujer sentada". Carlos Maside.

La Congregación inicia su andadura orientada por la Palabra de Dios, dispuesta a hermanar oración y trabajo en un escondido taller. Con la única pretensión de testimoniar en medio del mundo que es posible la fraternidad en el trabajo y que el asalariado/a no tiene por qué ser un esclavo/a que arañe su pan en condiciones extremas, sino que tiene derecho a un empleo digno y a la oportunidad de una formación que los y las ayude a ser críticos/as y libres.

En un mundo que se está deshumanizando, la casi insignificante realidad —alejada de los ámbitos donde parecen decidirse los destinos del mundo— de unas mujeres que dicen sí a cambiar lo

cotidiano llenándolo de trabajo, amor y fe, parece una hormiga frente a un elefante; pero a Dios le gusta encarnarse en los espacios pequeños de la historia, como lo hizo en Sara, en Rut, en María o en Magdalena.

El 19 de marzo, en la capilla de su humilde vivienda, que ellas mismas habían acondicionado, tiene lugar la toma de hábito, ceremonia que suponía el inicio de su compromiso con la vida religiosa que habían elegido como opción de vida y como camino de encuentro con el mundo trabajador y pobre, especialmente con la mujer, teniendo como horizonte la sencilla casa de Nazaret y como proyecto hermanar oración y trabajo.

Poyanne 4 de junio de 1874

"Bien pudisteis comprender cuánto os quería y os quiero a cada una".
"El mayor sentimiento que tuve en salir de ésa fue por dejaros a vosotras sin que esa casa estuviera todavía formada".
"Según mi entender, vuestra virtud característica debe ser un amor grande a la oración y al trabajo".
"Debéis procurar ser buenas y muy buenas".
"Sed humildes, obedientes, amantes de la pobreza, observantes ¿qué más? Sed verdaderas Siervas de San José".

(Francisco Butinyà)

Son tiempos de aventura, de riesgo y de confianza. Bonifacia se siente segura, esperanzada: se ha sembrado el grano de mostaza que, al hacerse árbol, cobijará las ilusiones de muchas jóvenes obreras. Ella y sus compañeras se sienten arropadas por mucha gente de la ciudad. Es un día de fiesta y de utopía.

Es ahora cuando eligen superiora a Bonifacia, ella se resiste, se siente impotente, pero acepta.

El Reglamento de los Talleres, que el fundador les entrega en esta ocasión, será la concreción de su proyecto de vida. En él Bonifacia se mirará siempre y a él se mantendrá fiel, a pesar de las oposiciones y contradicciones, en su tarea de animar la comunidad. A lo largo de su vida se irá identificando con el estilo de José de Nazaret, llano y entrañable, consciente de que también ella estaba construyendo un hogar para Dios.

"Amabilísimo Jesús, que oculto en la casa de Nazaret y ocupado bajo la dirección de San José en el oficio de carpintero nos enseñasteis a santificar en las más humildes ocupaciones".

(Oración escrita por Francisco Butinyà)

Todo parecía ir bien, pero las circunstancias políticas y sociales generan nuevos desafíos. Lluch y Garriga es nombrado obispo de Barcelona y Francisco Butinyà es expulsado de España junto con sus compañeros, por decreto gubernamental, en abril de 1874. Es un nuevo exilio para este hombre ya curtido por el éxodo que su condición de jesuita le imponía en aquel anticlerical siglo XIX español. Su nuevo destino será Poyanne, en Francia. Siente con fuerza tener que dejar la nueva fundación apenas nacida y en la que había volcado tanta ilusión y cariño. En junio les escribe una carta, que para la pequeña comunidad se convierte en un sacramento. En ella las anima a vivir a fondo el proyecto iniciado y les expresa cómo se siente parte, con ellas, de la obra emprendida.

Las casas de la Congregación serán denominadas Talleres de Nazaret, afirmaba el documento constitucional, y en eso se iba convirtiendo aquel pequeño grupo de mujeres, conscientes de que se quedaban solas y les tocaba a ellas timonear la nave recién salida del puerto.

Bonifacia había puesto todo lo que tenía al servicio de esta empresa: su casa, sus cosas, su persona. Conocía el trabajo, la privación y el esfuerzo, pero sabe que Dios la quiere ahí, enraizada en la vida, creciendo desde el esfuerzo diario, construyendo su pequeña historia humana y sencilla. Como animadora de la comunidad, procura que todas vi-

Taller de la Casa de Santa Teresa.

van con fidelidad su llamada a hermanar oración y trabajo, preservando del peligro de perderse a las jóvenes que carecían de él y potenciando la industria cristiana. Cada día, en las horas pasadas en el taller, encontraban a Dios acompañando su esfuerzo, alegrándose con sus logros; para ello contaban con las oraciones (jaculatorias) y cantos que Butinyà les había compuesto.

Al comienzo, para el trabajo tenían las máquinas que Bonifacia había traído de su casa; posteriormente, los hermanos Tabernero, buenos amigos de las Siervas de San José, les regalan una máquina de hacer cordones y otra redonda para hacer medias. El manejo les crea problemas y tienen que pedir ayuda para adiestrarse en su funcionamiento. Es normal, la dinámica fabril está naciendo, Salamanca es artesana y el trabajo industrial es algo novedoso, aunque sea sencillo y hasta precario, como el de nuestras protagonistas.

Calle Placentinos.

Lo primero que comienza a tener salida en la pequeña fábrica josefina es la cordonería, en la que Bonifacia era experta. Hacían cordones para sombreros y calzones charros, flecos para los pañuelos de las charras, pasadores, etc. Los beneficios eran exiguos y necesitaban la generosidad de los amigos para invertir en material, pues apenas ganaban para comer. Las que iban entrado en el taller no aportaban más que su oficio y los muebles y comestibles que tenían en sus casas. En medio de la pobreza se inicia el sueño que va a configurar la vida de Bonifacia, por el que va a luchar y el que moldeará su experiencia de Dios. Ella es la que tiene que sacarlo adelante, Butinyà y Lluch están lejos y todo está por hacer. Las Constituciones y el Reglamento son la utopía; lo real, lo cotidiano, es lo que se está operando entre las paredes de

la casa y, sobre todo, en el corazón y en la mirada de Bonifacia.

La fundación de las Siervas de San José no cae muy bien en los ambientes eclesiásticos salmantinos y la consideran obra de locos. Era una forma de vida novedosa que rompía los esquemas tradicionales. Era una Congregación que había optado por la clase trabajadora, que buscaba hacerse una más entre ella y proclamar que la vida diaria de Jesús en Nazaret podía ser algo más que un relato para la imitación moral y convertirse en un modo de evangelizar y promocionar a la mujer trabajadora desde su propio lugar social.

La casa de la calle Placentinos pronto resulta pequeña al aumentar la comunidad y se trasladan a finales de año al Colegio de los Ángeles en la calle Libreros.

La I República se había estrellado, ahogada por múltiples contradicciones. Fue una breve experiencia democrática que no supo crecer. En medio del caos generado por la anarquía y las revueltas, silenciosamente, Bonifacia pone su huella suave en la historia. No hay anuncios ni premios, no hay banderas ni comparsas. Sólo el ruido monótono de las máquinas sudorosas y un viento suave que huele a esperanza y pasión.

"Si no os arriesgáis, no experimentaréis, que sois fundamentados/as"

(Is 7,9)

LA UTOPIA AMENAZADA

"Son indecibles los sacrificios que soportó, ya por la rigurosa pobreza en que fue fundada, ya también por las muchas dificultades que presentaba la adquisición del trabajo para sostenerse, pero con magnánimo corazón supo sobreponerse a las contradicciones aún de las personas más queridas" (Cuaderno de Socorro Hernández.).

El 14 de enero de 1875 llega a Madrid Alfonso XII, restaurándose así la monarquía en España. Se inician tiempos serenos, de restauración. Se busca tolerancia y estabilidad. La Iglesia recupera su seguridad y prestigio. Las órdenes religiosas crecen y se fundan otras nuevas, prioritariamente dedicadas a la enseñanza. El clero recupera sus planteamientos tradicionales, se ocupa principalmente de las clases dirigentes, mientras desatiende el campo y las periferias urbanas; busca adaptarse a las corrientes políticas liberales que se han impuesto definitivamente, pero sólo

Salamanca, siglo XIX.

Colegio de los Ángeles. Salamanca.

unos pocos son sensibles a la realidad obrera emergente.

Apenas parece pasar nada en Salamanca, la ciudad duerme sus siglos de historia. Para la clase trabajadora la situación es precaria, la enfermedad espera en las esquinas de cualquier barrio y los empleos conducen a horas interminables de esfuerzo y dolor. En este ambiente las Siervas de San José buscan hacerse un sitio en la Iglesia y en el mundo, compartiendo las luces y las sombras del tiempo que les tocaba vivir.

En marzo de 1875 llega como nuevo obispo a la ciudad Narciso Martínez Izquierdo. A lo largo de su gobierno intentará mejorar el nivel religioso de su Iglesia con un talante innovador y dinámico. Comprenderá y apoyará el horizonte de la fundación josefina, aunque no siempre estará acertado en sus decisiones frente a ella.

El Colegio de los Ángeles será el hogar de Bonifacia y sus compañeras entre 1875 y 1881. Aquí vivirán momentos duros de pobreza y enfermedad, pero, sobre todo, estos años van a significar el primer obstáculo para la utopía de los talleres de Nazaret.

Ha aumentado el número de religiosas y con ello la complejidad y el pluralismo. La novedad del intento no cuaja en todas de la misma manera y comienzan las divisiones. El ideal de vida religiosa que en la sociedad se está imponiendo tiende a buscar estructuras seguras desde esquemas más institucionales que carismáticos. Calixto Lajas, el nuevo director de la congregación, ve en Ana Muñoz, que se había incorporado al poco tiempo de la fundación, la persona adecuada para dar a la obra el giro que corresponda más a los planteamientos vigentes. Su influencia va a

generar desestabilización en el grupo. Bonifacia siente los primeros coletazos de marginación. Desde la discreción que la caracteriza, habla con el capellán y éste con el obispo. El prelado destituye al director; pero la mecha había prendido: a partir de este momento las corrientes internas de oposición van a ir minando la fraternidad y la libertad. Algunas comienzan a acusar a Bonifacia de no saber llevar la casa, de ser incapaz de liderar la comunidad, mientras sueñan otros planes para la Congregación.

> *"Ahora podemos decir con toda verdad: Dios está delante de mí y yo delante de él: me está viendo, me está animando".*
> *"Olvidemos, por fin, amadas hermanas, las ofensas que unas a otras nos hayamos hecho y no andemos miserables en perdonarnos".*
>
> *(Discurso de Bonifacia el jueves santo de 1876)*

El día 2 de febrero de 1876 llega la fecha de la profesión religiosa para siete de las habitantes del Colegio de los Ángeles. Del grupo inicial faltan Teresa y Ascensión, que lo habían dejado. Bonifacia se siente enviada por Jesús a recorrer los caminos polvorientos, a habitar las casas sencillas donde se gana el jornal con sudor y donde se cree a pesar de las evidencias y el fracaso. La fidelidad se convierte en un reto, pues ya sabe que los vientos se están volviendo en su contra. Es una mujer entera y entregada, sincera con lo que vive, generosa. Está segura de que lo que sus manos curtidas están tejiendo nace de la hondura de Dios y está enraizado en la vida. Nada aparentemente sublime parece construir, pero encarna lo más genuinamente humano, lo pequeño y lo sencillo.

Estos años del Colegio de los Ángeles le van enseñando a ser paciente, a enraizarse en Dios, a olvidar, a tolerar. No se sorprende de las dificultades económicas, porque siempre las había tenido; sí, en cambio, de las intransigencias, de las injusticias de los demás. No entiende por qué hay rivalidades. No entiende por qué resulta tan difícil aceptar una vida trabajadora y humilde, que busca a Dios en el corazón del mundo y se comprometa con él a dar respuesta, al estilo de Nazaret, a la mujer de su tiempo.

Hay preguntas que no tienen respuesta y ante ellas es mejor el silencio y el cariño. Y Bonifacia, en medio de la niebla, sigue empujando con coraje el taller hacia adelante. La situación económica se hace más desahogada, tienen mejores máquinas y más encargos, pero siguen compartiendo con sus vecinos y vecinas la inseguridad y las estrecheces.

Francisco Butinyà.

En 1878 es nombrado director de la Congregación Pedro García Repila, el hombre que entre bastidores y como una voz en *off* irá acercando la fundación hacia la estabilidad y el prestigio, alejándola de sus orígenes. Esto supondrá la marginación de Bonifacia, su ocultamiento; las mentiras, la manipulación y la calumnia la irán rodeando. Se le cierran los caminos humanos, pero ella mantiene su esperanza puesta en Dios, serena y tranquila. El 16 de agosto de 1881 se trasladan a la Casa de Santa Teresa, un viejo caserón que conservaba su nobleza por haber sido ocupado por la santa, pero que amenazaba ruina por todas partes. Se hacen las mínimas obras para hacerla habitable, con el tiempo poco a poco se irá mejorando con donativos y los beneficios del taller.

Todo es más espacioso y claro, quizá comience a estabilizarse la situación. La comunidad se mete de lleno en el trabajo, se incrementan las ventas, se emplea a mujeres en el taller, en fidelidad con los fines de la Congregación y su espíritu.

La Asociación Josefina sigue en pie y mantiene una relación cercana con las Siervas de San José, haciendo retiro todos los me-

ses con ellas. Bonifacia sigue siendo su amiga y acompañante. Este encuentro entre laicas y religiosas es una experiencia fresca, sencilla y cargada de profecía.

Bonifacia en el taller.

Después de cinco meses en Francia, Butinyà había vuelto a España en septiembre de 1874, destinado a Girona. Deja sus tareas educativas y científicas para dedicarse a la evangelización y a los Ejercicios espirituales. En la Catalunya industrializada que lo recibe el problema de la mujer trabajadora era más agudo que en otras zonas de España. La revolución industrial había nacido al margen de lo religioso y se alejaba cada vez más de la Iglesia. A la mujer le faltaba formación y oportunidades, su trabajo estaba mal pagado y peor valorado. Butinyà va a centrar sus esfuerzos en acompañar su fe e intenta potenciar sus posibilidades de crecimiento para que no sintiese amenazada su dignidad.

La relación epistolar con Bonifacia era frecuente y la anima a ir a fundar a Catalunya, pues urgía una respuesta como la salmantina en medio de aquel trajín fabril, injusto e insolidario. Bonifacia viajaría con gusto, pero son pocas, la obra todavía no se había asentado y prefiere esperar. Butinyà, que se siente apremiado por la situación que palpa a su alrededor, se decide a fundar una comunidad y así el 13 de febrero de 1875 nace la primera comunidad catalana en Calella de la costa, una zona de gran afluencia fabril donde el sudor y la explotación se palpaban. La forman jóvenes artesanas de familias modestas.

En 1882 Butinyà, que ha ido viendo extenderse la Congregación en su tierra natal, le propone a Bonifacia la unión de las casas ca-

"¿Se ha quitado el nublo de las hermanas? Por Dios le pido me conteste en seguida porque estoy sufriendo hasta no saber de V. V. y de mi querida comunidad. Recuerdos a todas mis amadas hijas"

(Carta de Bonifacia a Repila el 24 de diciembre de 1882)

talanas con la de Salamanca, y le envía unas nuevas Constituciones, elaboradas al calor de estos años para afianzar al compás los pasos de ambas fundaciones.

Por fin, el 19 de diciembre de 1882, acompañada de su cuñado y de su madre, Bonifacia viaja a Catalunya. El obispo le recomienda, además de la unión, que aprenda cosas de industria en los talleres de allá. En la casa de Santa Teresa más de una siente que se despeja el campo para nuevos planes.

Al día siguiente de su partida Ana Muñoz dirige al obispo una carta, pidiéndole que les dijera los pasos que debían dar para organizar y animar la comunidad en ausencia de la superiora. Un requerimiento absurdo, pues ella sabía por las Constituciones que, como vicaria, le tocaba suplir a la superiora hasta que volviese. El obispo contesta el 25 de diciembre en un oficio dirigido no a Ana sino a Repila, en él lo autoriza a presidir la elección de la nueva superiora.

Mientras tanto, Bonifacia iba camino de Catalunya con la ilusión de ver crecer la experiencia carismática con la que ella había identificado su ser. En Manresa se para a ver a Butinyà, no se habían vuelto a ver desde que él había dejado Salamanca. Había ilusión en sus miradas y recuerdos acumulados en el corazón. Ambos habían sufrido en aquellos años y luchado por hacer posible el proyecto que los apasionaba: dar una respuesta creyente al mundo trabajador. Llegada a Girona su estancia es muy agradable, conoce las obras, comparte sueños con aquellas mujeres que habían decidido seguir como ella los caminos cotidianos de Nazaret. Tiene ganas de volver a casa para contarles lo vivido y animarlas a seguir adelante. Está preocupada por el conflicto que había dejado en Salamanca, pero, reconfortada por lo que estaba compartiendo, espera poder vencer las incomprensiones.

Las gestiones de la unión se solucionan con facilidad y el 11 de enero comienza el viaje de vuelta, acompañada de la superiora de Girona y fiel colaboradora de Butinyà, Isabel de Maranges, y otra religiosa. En Zaragoza, aprovechando que tenían que realizar un cambio de tren, visitan a Butinyà de nuevo, que estaba misionando por aquellas tierras. A su llegada les espera una carta de Salamanca, remitida a Butinyà, que viene firmada: Ana Muñoz, superiora. Acaba de enterarse de su destitución. No era fácil de entender esta maniobra. En la cabeza de Bonifacia se acumulan los pensamientos y los interrogantes, pero las palabras se callan. Las religiosas que la acompañaban deciden volverse a Catalunya.

Carmen de Castro.

Los caminos quieren cambiar definitivamente de dirección, el corazón se le encoge más y más a cada movimiento del tren que la trae de regreso a Salamanca. En estos momentos la cruz se hace pesada, la soledad hiriente y el dolor reclama.

Al llegar nadie las esperaba en la estación. El recibimiento en la casa es una mezcla de sorpresa, disculpas y silencios. Bonifacia y su madre aceptan la nueva realidad comunitaria pero en los días que siguen el ambiente comienza a enrarecerse. Ya no se cuenta con ella, se la menosprecia e incluso se la ridiculiza. La situación cada vez es más dura. Bonifacia y su madre

"Y así, aunque tantos desprecios había recibido de ellas, no fueron capaces de entibiar el amor que les tenía, que muchas veces le oímos decir que si las volviera a ver, con el mismo amor que les tenía, con ese mismo las abrazaría"

(Socorro Hernández)

comprenden que la solución no depende de la humildad y el perdón, pues sabían que algunas no querían que permaneciesen en la comunidad. Bonifacia toma una decisión: le pide al obispo poder fundar en Zamora una nueva comunidad. Tras llevar a cabo los trámites que lo hiciesen posible parten Bonifacia y su madre el 25 de julio de 1883. Las puertas de su casa se le cierran para siempre. Su comunidad había decidido continuar sin ella, emprendiendo otros caminos, pero la fidelidad y la honradez de Bonifacia marcarán su destino, poniendo en sus manos coraje y valentía para comenzar de nuevo.

> "A un profeta lo desprecian sólo en su patria, entre sus parientes y en su casa"
>
> (Mc 6,4)

UN LUGAR PARA LA ESPERANZA

"Cuando nuestra fundadora llegó a Zamora para dar principio a la nueva fundación, escribió su llegada a la superiora de Salamanca y después, cuando instaló su casa la nueva fundación, la puso a su disposición; además cuando les hacían encargos que en la casa no se podían hacer por falta de elementos, en lugar de comprarlos en los comercios o fábricas, se los compraban a la casa de Salamanca" (Cuaderno de Socorro Hernández).

Zamora era en el siglo XIX una zona preferentemente agrícola y ganadera, con un desarrollo industrial lento y reducido. En el momento en que llega Bonifacia estaba comenzando a crecer económicamente, gracias a la mejora de las comunicaciones, especialmente la del naciente ferrocarril. La ciudad que acoge a las Siervas de San José es una villa tradicional de convivencia cercana y directa, de ambientes casi recoletos.

Vista de Zamora.

Los nuevos comienzos son, si cabe, más duros que los del año 74, pues apenas tienen apoyos humanos en

esta nueva tierra. Las recibe en Zamora Felipe González, un sacerdote conocido por ellas en Salamanca que les había gestionado las cosas para la nueva fundación. Al llegar viven en su casa, no tienen nada. Bonifacia pide a Salamanca lo más imprescindible. En estos momentos se siente débil, necesitada. Nada de lo que está haciendo es para su propio provecho, por eso está segura de que ha tomado la decisión acertada. Su madre es su gran apoyo, una mujer que, curtida por la vida, sabe dar ánimos a su hija sin esconder la verdad, pero también sin dramatizar.

"Ya tenemos casa, propiedad de un sacerdote"
"En fin, esperamos en Dios que esto se arreglará como deseamos. Sólo me entristece no tener cuando marchemos para nuestra casa ni clavo en pared, pero ni que comer".

(Carta de Bonifacia al obispo de Salamanca del 30 de julio de 1883)

El 2 de agosto llegan la novicia María Arroyo y la postulante Socorro Hernández, la que será siempre su amiga fiel. Los comienzos son duros, les falta casi el pan de cada día, pero no importa, quizá sea ésta la gran oportunidad de responder con fidelidad a la apuesta por el mundo trabajador y pobre desde una experiencia de vida religiosa.

En noviembre se trasladan a la calle Orejones, donde montan su taller. Las cosas comienzan a ir mejor, aumentan los encargos para esta sencilla industria. La correspondencia con Butinyà es frecuente, hablan del equipamiento del taller, del compromiso con la mujer trabajadora y de los nuevos intentos de unión con Girona. Ambos fundadores buscan sacar adelante la historia que Dios ha puesto en sus manos, fieles a la esperanza que los ha unido y comprometidos con su tiempo en una respuesta novedosa a la naciente sociedad industrial.

En Salamanca el recuerdo de Bonifacia comienza a desdibujarse y los compromisos de la comunidad se van encaminando hacia la enseñanza. Detrás de todos estos cambios está García Repila, él concibe como un fracaso la dedicación al trabajo manual ya que cree que nunca alcanzarían las Siervas a competir en el mundo de

la industria que está llegando. No quiere dejar que las habitantes de la Casa de Santa Teresa corran los riesgos propios de los pequeños y de los pobres. Se crea un asilo de niñas y niños pobres y así se ven cumplidos también los deseos de las hermanas más influyentes de la comunidad, que nunca se habían sentido del todo a gusto con los horizontes de la Congregación. Con Bonifacia lejos, ya nada impedía rediseñar los perfiles del Instituto y el 12 de agosto de 1884 el obispo Martínez Izquierdo firma un documento que modifica las constituciones de 1882, escritas por Butinyà. Con él se legitiman nuevas tareas para la Congregación, renunciando a preservar del peligro de perderse a las jóvenes que carecían de trabajo. Ignorar a la mujer trabajadora era ignorar el compromiso apostólico fundamental del Instituto. Esto es el inicio de la ruptura definitiva.

La comunidad zamorana, mientras tanto, sigue su camino. Sus trabajos iban siendo conocidos e iban adquiriendo recursos para salir adelante. Los beneficios les permiten, a través de Butinyà, adquirir máquinas nuevas, pues Bonifacia quería combinar sencillez y austeridad con modernidad. En seguida se trasladan a la calle de la Reina, una calle más amplia y concurrida, donde ser conocidas era más fácil.

Capilla de la Candelaria.

La relación con Salamanca es mínima, a pesar de que Bonifacia les escribe con frecuencia. Es un silencio pesado, doloroso, incomprensible para la mujer que había entregado la vida para ellas y había mimado cada paso que daban.

Pronto consiguen del obispo la cesión, de la capilla de la Candelaria, cercana a su vivienda, lo cual parecía completar y asen-

tar la fundación zamorana. Allí, en 1885, Bonifacia y su madre hacen su profesión perpetua. A lo largo de estos años ha experimentado el dolor de la fidelidad, el silencio de la incomprensión; pero ahora más que nunca sabe que la apuesta merece la pena. Su pequeña comunidad, que comienza a crecer, es signo callado de que es posible el futuro.

Butinyà también está sintiendo el rechazo de su obra, los superiores no le permiten acompañar de cerca a las josefinas. Bonifacia lo sabe y ella, iniciadora desde dentro del proyecto, quiere asegurar la fundación viendo unidas las diferentes casas. Intuye que no puede contar con el apoyo de Salamanca, pero sí puede comenzar los trámites de la unión de las comunidades catalanas con la de Zamora, de la que ella es responsable. Después de iniciar los contactos y los trámites por carta, viaja a Girona hacia 1886 para tratar nuevamente el asunto, esta vez la acompaña Socorro Hernández. Sueña todavía con hacer posible un solo cuerpo. La realidad poco a poco se impone y en las gestiones que Bonifacia a su vuelta hace con la Casa de Santa Teresa descubre que allí las cosas han cambiado mucho y no desean el abrazo con Zamora y Girona. Sin embargo, ella seguirá esperando un gesto, una palabra, una mirada. Siempre tendrá su corazón dispuesto a la reconciliación.

Las josefinas catalanas, pasado el tiempo, se convertirían en la Congregación de las Hijas de San José.

"Sólo en Dios descansa el alma,
de Él viene mi esperanza.
Él solo es mi roca, mi salvación.
Mi alcazar no vacilaré"

(Sal 62,6-7)

LA FUERZA SE REALIZA EN LA DEBILIDAD

"Y así que nuestra Madre se vio con casa capaz para poder admitir las criadas desacomodadas hasta que encontrasen casa, y las pobres desamparadas [...] a fin de librarlas a todas de su perdición [...] fue mucho el consuelo que sintió nuestra madre, al ver que podía hacer el bien para el que había sido fundado el instituto"
(Cuaderno de Socorro Hernández)

Después de superar diversas dificultades, Bonifacia y su comunidad consiguen habitar en 1889 la casa contigua a la capilla de la Candelaria, gracias a una generosa donación del obispo. Esta casa era más amplia y tenía jardín. A la inauguración de la nueva vivienda invitan a las Siervas de San José de Salamanca para compartir con ellas la alegría de ver que el camino se allanaba, pero le responden diciendo que la disfrutasen con salud. El acercamiento se hacía cada vez más costoso.

Por fin puede Bonifacia empezar a aterrizar el fin del Instituto que tanto había acariciado desde los orígenes y comentado con frecuencia con Butinyà por carta.

Vista de Zamora.

Ya era posible acoger a chicas con dificultades económicas, a mujeres que buscaban trabajo, iniciando así una experiencia de acompañamiento, educativa y de promoción, en fidelidad a lo soñado en 1874. En el taller ya no sólo se trabajaba para ganar el propio sustento, sino también para ayudar a labrarse un futuro a las niñas y jóvenes con las que compartían la casa.

"Esas niñas a quienes la muerte ha privado en los primeros años de su vida del amor maternal y esas jóvenes que necesitan ganar el sustento con el sudor de su rostro y que con frecuencia son víctimas de algunos desalmados que, infames, se aprovechan del desamparo que viven para perderlas: he ahí la porción del rebaño cristiano por cuyo progreso moral, material y religioso se sacrifican las humildes Siervas de San José».

("El Correo de Zamora" del 10 de agosto de 1905)

Bonifacia llama a su obra Colegio de Desamparadas y en él refleja su inquietud por dar una respuesta al abandono que sufría la mujer, a sus dificultades educativas, a su explotación laboral. Las paredes de este hogar se llenan de risas, de juegos, de comprensión y de cariño. La comunidad profundiza en la tarea que se inicia y va descubriendo la importancia de educar a las acogidas para la vida, ayudándolas a asumir su circunstancia histórica, preocupándose de que consigan un trabajo digno. Estaban pendientes de cada una, de sus progresos y dificultades. Intentaban que aprendiesen a ser responsables, a hacer el trabajo con perfección. Bonifacia estaba especialmente atenta a acompañarlas en la fe, a anunciarles a un Dios cercano y bueno que las llevaba en la palma de su mano.

El taller era el lugar privilegiado de encuentro entre las acogidas y las Siervas de San José, allí, entre todas y según las fuerzas y posibilidades de cada una, ganaban el sustento diario, hermanando oración y trabajo al estilo de Nazaret.

Otras chicas que permanecían en la casa mientras no encontraban un lugar donde colocarse, recibían también formación y se les daba todo lo que necesitaban. Salían cada mañana a buscar

trabajo y, cuando lo encontraban, siempre Bonifacia estaba dispuesta a responder por ellas. Si fracasaban, las acogía de nuevo, dándoles una nueva oportunidad. Se fiaba y nunca era capaz de creer nada malo de ellas mientras no lo comprobase directamente.

Casa de la Reina en 1886. Zamora.

Los domingos solían reunirse en la casa otras empleadas de hogar que buscaban espacios alternativos para el tiempo de ocio. Nuevamente Bonifacia recreaba aquella juvenil experiencia vivida en su casa salmantina de tardes de encuentro, de diversiones sencillas y ratos de formación. Para ella era importante luchar por valores auténticos, sin dejarse absorber por lo que era negativo en su sociedad y favorecía espacios que lo hiciesen posible, pero siempre sin estridencias, como fermento en la masa.

Bonifacia educa, acompaña y configura su comunidad desde lo que ella es, una mujer entera, sensible al mundo que la rodea, curtida por las dificultades, pero cimentada en una honda experiencia de Dios Padre y Madre del que se fiaba sin límites. Saborea la Biblia como fuente genuina de su encuentro con Jesús y crece por dentro al calor de la caricia del hogar de Nazaret.

Interior de la casa de la calle de la Reina.

No posee dotes extraordinarias, es una mujer normal pero sabe dejar salir sus entrañas de misericordia, su genuina bondad. Es una persona cercana, entiende que el cariño construye y abre al otro/a.

En Zamora sale realmente a la luz lo que ella es, ahora puede compartir su tesoro sin que la malinterpreten, ahora puede hacer realidad su sueño. Su comunidad está totalmente volcada, han comprendido y aman el horizonte carismático.

"Trataba a todas las personas con dulzura, pero a las niñas y a los pobres con ternura".

(Jacinta Miguel)

La vida diaria se desenvuelve con sencillez, una casa más de la calle de la Reina, como en Nazaret. Los vecinos y vecinas las conocen y las quieren, valoran su compromiso y las sienten cerca. Los pobres saben que siempre que llaman a esa puerta no se van sin nada. La generosidad, la bondad, la normalidad, la responsabilidad en el trabajo son características de las Siervas de San José que viven en Zamora. Y no por casualidad, sino porque junto a Bonifacia han aprendido a creer, a sonreír, a compartirlo todo sin guardarse nada.

Con frecuencia Bonifacia les contaba a sus compañeras los buenos momentos vividos en Salamanca, cómo había sido fundada la Congregación. Les hablaba de Butinyà, de Lluch, de las hermanas de allí. Jamás les dice su dolor, ni se queja, sólo a veces percibían que una nube de tristeza empañaba su mirada.

Una dura separación le llega con la muerte de su madre en 1892. Durante todos estos años había sido su mejor apoyo, su confidente. Todas la recordarán como una mujer jovial, trabajadora y disponible.

A comienzos de 1901 Bonifacia conoce la intención del obispo de Salamanca de tramitar la aprobación pontificia de la Congregación. Intenta comunicar al prelado la existencia de Zamora. A través de Fernando Iglesias, un sacerdote amigo que viajaba con frecuencia a Salamanca, se pone en contacto con Repila —único superviviente de los tiempos de la fundación— para que él, a su vez, hablase con el obispo. Al final, al no recibir res-

puesta, como último recurso le escribe, y Repila le contesta en abril. Su carta es un montón de disculpas para justificar la exclusión de Zamora de la aprobación pontificia. No estaba en sus planes incorporar la comunidad de Bonifacia. Las Siervas de San José con las que él se relacionaba progresaban, ya habían fundado en Cuenca, en Arganda del Rey, Alburquerque y Mérida. Se estaban elaborando nuevas Constituciones y todo auguraba fortalecimiento y éxito.

Cristo románico de la Capilla de la casa de la Reina.

Bonifacia no pierde la esperanza, sigue creyendo contra toda evidencia, sigue esperando que una puerta se abra, pero todo parece predecir lo peor, la han abandonado a su suerte. Mantiene la paz a pesar de no entender y de que la impotencia la sacude como quien coge agua con las manos y no logra retenerla.

La comunidad de Zamora se queda sola por fidelidad a un estilo, por coherencia con una misión, nacida de su encuentro con Dios en la vida. En su oasis de la calle de la Reina, Bonifacia sabe que la rodea el desierto, que más allá de sus paredes el horizonte se oscurece. Pero es feliz, en medio del dolor agudo que le produce la distancia e indiferencia de quienes niegan su obra.

El 1 de julio de 1901 es aprobada por León XIII la Congregación. Las Siervas de Zamora se enteran por los sacerdotes que lo habían leído en el Boletín de la Diócesis y se acercaban a felicitarlas. El silencio de Bonifacia se hace más intenso y sereno. No entiende lo que está pasando, pero sigue buscando la manera de mantener los vínculos fraternos con Salamanca. El 15

de noviembre escribe una carta, firmada por toda la comunidad, a la superiora general Luisa Huerta. Con sencillez y verdad reclama su sitio en la Congregación:

"Muy R. M. Nuestra: con mucho regocijo y dando gracias a Dios, hemos sabido las religiosas de esta Comunidad de Siervas de san José de la ciudad de Zamora no solamente que nuestro Instituto ha merecido la aprobación de nuestro Santísimo Papa León XIII, sino que además, por la misericordia divina, ha sido constituida una Superiora General de la misma Congregación, y no sin extrañeza muy sensible nos hemos enterado de todo ello sólo por la voz pública, con cuyo motivo nos creemos en el deber y la necesidad de recurrir humildemente a V. R. y exponerle que la infrascripta Sor Bonifacia Rodríguez, auxiliada por otras Hermanas, fundó hace varios años en esta ciudad de Zamora, bajo el amparo y eficaz protección de Sr. Obispo de esta Diócesis, esta casa y Comunidad de Siervas de san José, derivada de la casa de Salamanca, con perfecta autorización canónica del Sr. Obispo de la misma Diócesis de Salamanca…".

Luisa Huerta les contesta el 7 de diciembre negando la hermandad entre ambas casas; dice que no se encontraba ningún documento que lo avalase y que nunca se habían relacionado: había nacido ya la leyenda negra en torno a Bonifacia, se decía que había abandonado la Congregación. ¡Qué distintas se veían las cosas desde Zamora! ¡cuántas cartas de Bonifacia a Salamanca sin contestación, cuántos documentos ignorados, cuántas presencias borradas!

Como no había respuesta, Bonifacia decide ir personalmente a Salamanca. Allí se consuma la tragedia, nadie le abre la puerta,

nadie quiere saber nada de ella. Ahora sí es verdad que, al menos mientras ella viva, no se unirán. Pero su esperanza supera todo indicio y confía que, si no es posible mientras ella viva, lo será después.

El dolor es inmenso, la injusticia rasga la historia, una cruz más ensombrece el cielo y Dios acompaña este nuevo viernes santo con la misma ternura que el primero. Dios mismo se pregunta por qué se siguen escribiendo páginas de pasión en el mundo, por qué el ser humano no termina de condenar a inocentes, no deja de sembrar injusticia en sus calendarios.

A partir de este momento, en medio de una España pesimista y decepcionada por sus fracasos coloniales, la vida de Bonifacia se va a llenar de silencio y esperanza. Ella, como Jesús de Nazaret, siente el fracaso, el abandono, pero confía: sabe que la última palabra la tiene Dios y él dará algún día el sí definitivo a su obra.

El 8 de agosto de 1905 muere Bonifacia en Zamora. Murió como había vivido, con sencillez, casi de puntillas, teniendo a su lado a las mujeres que junto a ella hicieron posible la profecía de Nazaret, hermanando oración y trabajo y preservando del peligro de perderse a las jóvenes que carecían de él.

Toda la ciudad la despide, reconociendo su obra y valorando su persona. De boca en boca va corriendo la frase: ¡era una santa! Su vida fue considerada como la de una testigo del Reino. Sus manos trabajadoras fueron vehículo de la esperanza de los pobres. Su corazón generoso y tierno se derramó por las calles y los pueblos de esta provincia castellana casi olvidada.

Bonifacia había renunciado a los protagonismos, a las acciones públicas, pero no a la verdad y hondura de la experiencia de hermanar oración y trabajo. Durante toda su vida luchó por hacer posible un espacio de futuro a la mujer trabajadora desde el silencio y un amor

Detalle del puente románico de Zamora (Foto J. Benítez)

encarnado. Nunca se había sentido lejos de su primera fundación, siempre quiso de verdad a las iniciaron con ella la experiencia, a las que pusieron a su lado los cimientos de la Congregación en los primeros años, pero ellas no la entendieron.

Como germen y herencia queda su pequeña comunidad, ellas son la mejor prueba de que lo auténtico, aun en la debilidad, permanece. Y mantendrán viva la memoria de esta mujer trabajadora y pobre que supo seguir a Jesús por los cotidianos caminos de Nazaret y hacer posible, sin alardes, una respuesta a los desafíos de su tiempo.

> "Pues cuando soy débil,
> entonces soy fuerte"
>
> (2Cor 12,10)

NAZARET COMO HORIZONTE

"Después de que pasaron unos días, se explayó M. Socorro con la comunidad y nos contó lo que la mayor parte ignorábamos. Nos contó lo del viaje a Gerona de nuestra querida Madre y la traición de que fue objeto. Lo que hicieron las hijas en ausencia de la Madre. Cómo vino a Zamora con la idea de ser todas una. Y las de Salamanca se desentendieron de ella dejándola sola".
(Cuaderno de Cecilia Esteban)

Y la vida sigue para las Siervas de san José zamoranas entre el silencio y el rechazo. Socorro Hernández será la nueva superiora y ella, fiel a la mujer con la que había compartido tanta vida, esperanzas y dolor, inicia los tramites de la unión con Salamanca. Sabe las renuncias que eso iba a suponer, pero también sabe que la reconciliación es la única manera de construir evangelio.

Sagrada Familia de Salamanca.

Las negociaciones no son fáciles, lo están arriesgando todo, hasta la posibilidad de tener que empezar de nuevo desde cero, pues Salamanca no se fiaba de ellas, dudaba de la orientación de su obra.

Socorro, mientras negocia con unos y otros la unión, va escribiendo un cuader-

no en el que va relatando poco a poco todo lo que sabe sobre Bonifacia y la fundación. Quiere dejar un testimonio, recrear la historia ante un futuro incierto.

El 23 de enero de 1907 la comunidad de Zamora llega a Salamanca. Son bien acogidas, pero sus corazones experimentan la alegría de haber conseguido el sueño de la unión y a la vez la incertidumbre del futuro.

En Zamora quedaba una nueva comunidad y un secreto: la caja escondida por Socorro detrás del altar de la capilla, donde había guardado la biografía escrita y otros documentos y fotos. La seguridad de que lo que ellas habían construido en Zamora junto a Bonifacia era un proyecto compartido con Dios, le hizo esconder bajo tierra los testimonios de la utopía de Nazaret. La fe le aseguraba que tarde o temprano se conocería la verdad y que la caja pacientemente esperaría el mejor momento.

Será en 1936, y con su descubrimiento Bonifacia recuperará su lugar en la historia como testigo de Nazaret. Y hoy se hace para todos/as un recuerdo profético y un relato para la esperanza.

Socorro Hernández, Paulina Marcos, Catalina López, Dolores Vidal, Luisa Gago, Rosario Ferreiro, Cecilia Esteban son las siete muje-

Socorro Hernández.

res que desde la vida religiosa se habían empeñado junto a Bonifacia en luchar por la dignidad femenina desde los parámetros de su época y contra corriente. Su opción las había llevado al rechazo de su Congregación, a la soledad e incomprensión, pero Bonifacia les había enseñado a amar gratis, a hacer de la bondad una forma de lucha, del silencio una denuncia, de la renuncia un don.

Gracias a ellas, Bonifacia es hoy paradigma de Nazaret y arcoiris para la historia de todo hombre y mujer que quiera hacer de lo cotidiano su compromiso, de lo sencillo su bandera, encarnando su experiencia de Dios en las pequeñas cosas de cada día desde una opción por la dignidad del ser humano, en medio de un trabajo constructor de promesas que se hacen realidad en lo débil y pobre de esta vida.

"No insistas en que te deje y me vuelva.
A donde tú vayas, iré yo;
tu pueblo es el mío,
tu Dios es mi Dios"

(Rut 1,16-17)